XI

BAJO EL AGUA Y EN LA NOCHE

SERIA difícil poder explicar lo que pasó en aquel momento en el alma de Roulettabille.

Al principio no comprendió.

¡Toda aquella obscuridad después de una claridad tal! ¿Por qué?

¿Por qué desaparecían todos aquellos tesoros en el preciso instante de tocarlos?

¿Sería él juguete de algún maléfico genio que, en el país de las Mil noches y una noche, se divertía en hacer pasar ante sus ojos ilusorias visiones?

Tal fué su primer pensamiento: la inexistencia de todo aquello.

Pero, como con un gesto espontáneo continuaba tocando en la noche aquellas riquezas que la noche parecía querer robarle, comprendió que no había soñado.

El muro estaba allí bajo su mano, y también los agujeros en él, y las joyas, y el oro, y las puertas de mármol, contra las cuales tropezaba.

Su mano, entonces, descendió hasta su cintura, tocando el aparatito eléctrico roto.

Era aquél un accidente muy natural, de cuya importancia no se dió cuen a al principio; pero que, sin embargo, le hizo estremecerse, pues su situación hacíase terrible en el fondo de aquel agua y en el fondo de aquella noche.

Sin embargo, no concibió de pronto la posibilidad de una catástrofe. Reaccionó contra el miedo, llamando en su auxilio toda su inteligencia, toda su lucidez. En resumen, no se hallaba perdido en el centro de una cosa desconocida. Estaba en una sala cuyo camino conocía.

No tenía más que volver sobre su pasos...; eso era todo, siguiendo exactamente el muro, sin perder la cabeza. Para llegar hasta allí, había contado los corredores que precedían al del estanque. Se apoyó en el muro y con el pie buscó el pico, que podía serle útil. Su pierna tropezó con el mango de madera, que flotaba entre dos aguas. Lo cogió, empezando entonces su marcha a la inversa.

¡Ah!, he aquí el primer corredor.

Allí abandonó el muro, y orientando cuidadosamente sus botas de plomo, avanzó con los brazos extendidos.

Bien pronto se felicitó de haber alcanzado el otro ángulo del muro, al otro lado de la entrada del corredor... Y continuó, bordeando el muro, su marcha a tientas.

He aquí el segundo corredor... Avanza... Sigue avanzando...

¡Y he aquí el tercero!...

De pronto se detiene, y una angustia indecible le estruja el corazón... ¡Piensa que no hay ninguna razón para que aquel corredor sea el bueno!...

En efecto, al salir del corredor del estanque ha entrado directamente en la sala de los tesoros hasta su centro, oblicuando luego a la izquierda

hasta que halló el muro; ¿pero quién le dice a él que entre aquella parte del muro que él alcanzó y el corredor de entrada, no pudiera haber otra entrada, existir otros corredores? ¿Debe seguir éste? ¿Debe evitarlo?... Si le sigue, ¿no hallará a su extremo un nuevo laberinto y la muerte? Si, por el contrario, lo evita, ¿no se expone a dejar a su espalda la única salida posible, que quizá ya no vuelva a hallar?...

Vacilación terrible, y luego, resolución enérgica.

Camina... Avanza en las líquidas negruras... Se hunde en el corredor..., se detiene...

Tienta con el pie el agua a su alrededor, esperando hallar la puerta que, retenida por su gozne central, se abre en medio del corredor, sobre un plano paralelo a los muros..., mas nada toca..., nada más que el muro, que una de sus manos no abandona...; y Roulettabille se desliza a lo largo del muro...

Y de pronto, la mano tiembla... Un ángulo..., una nueva sala... ¿Es, acaso, el estanque?

¡No!, pues de serlo, hubiera hallado la puerta...; pero quizá haya pasado por ella sin tocarla... Se vuelve, oblicua ligeramente a su derecha..., deja el muro..., vuelve sobre sus pasos...

Ahora tiene prisa en volver a la cámara del tesoro, pues hay que salir de aquel corredor, que conduce no sabe él donde...

¡El ángulo de un muro... ¡Dios mío, comienza a perderse!... Sin embargo, él creía haber vuelto sobre sus pasos... Si se había equivocado esperaba, al menos, hallar el corredor bueno, una vez estuviera de nuevo en la sala del tesoro...

¡Avanza..., sube, encuéntrase con ángulos... y ya no sabe nada!

No, ya no sabe si está en una sala cuyos ángu-

los toca, o si entra en un corredor, o si sale de él...

¡No sabe ya nada!... ¡Nada!

Sabe tan sólo que no está en la pila del jardín de invierno, pues de estar, sus manos resbalarían sobre piedras circulares, y éstas son planas... Quiere tener la certeza absoluta de que se halla en un corredor. Para ello, abandona el muro en que está apoyado, para ir enfrente... ¡Avanza..., avanza y... nada!

Sus manos ya no tocan nada, y vuelve sobre sus pasos. ¡Pero ya no encuentra el muro!

Los oídos comienzan a zumbarle furiosamente. ¿Es la falta de aire, que comienza a hacerse sentir? ¿O la locura, que llega con sus cascabeles?...

XII

CONTINUACIÓN DEL DRAMA EN EL AGUA Y EN LA NOCHE

YA no es una diadema lo que ve, ni una fuente luminosa en la cabeza de una enana, sino una inmensa sombra de hombre rodeada de un círculo de claridad glauca.

Al principio cree Rouletabille que es su sombra, su reflejo, pues la sombra tiene su misma forma; la cabeza está tocada con aquel casco, con aquella enorme esfera de cobre que reposa sobre los hombros del buzo.

Y el otro tiene en su mano, al igual que Rouletabille, un pico...

Sin embargo, Rouletabille está inmóvil, y la sombra y la luz se mueven!...

Rouletabille, que se ha erguido, queda..., y la sombra se inclina...

Los brazos de Rouletabille permanecen pegados al cuerpo y los de la sombra se extienden con gesto de sorpresa o de miedo...

¡Y ante la sombra, en la muralla, hay maravillosos reflejos!...

Y he aquí que, de pronto, Rouletabille renace, respira, piensa, se da cuenta, recuerda:

—¡Gaulow!...

¡Tiene ante sí a Gaulow, que acaba de descubrir los tesoros de Abdul-Hamid!...

¡Entonces es la salvación! ¡La salvación si Gaulow no le ve!...

Puesto que a Rouletabille le es imposible encontrar el camino del jardín de invierno en aquel acuático laberinto, seguirá a Gaulow y saldra por el Bósforo, ya que Gaulow ha venido por el Bósforo...

Y Rouletabille bendice su suerte, que hace un momento, en el pontón, le ha detenido en el instante en que estaba a punto, tanto o quizá más que La Candeur, de abalanzarse sobre Gaulow y suprimirlo en el momento de aparecérsele éste, casi prisionero dentro de su vestimenta de buzo...

Rouletabille piensa que va a morir... asfixiado, envuelto en aquella noche, en el fondo de aquel agua...

¡Ah!, ¡y cómo anhelaba encontrar un muro!...; ¡tan sólo una piedra en que apoyarse..., para que le ligase a alguna cosa!... ¡Parecíale que, de hallarla, se sentiría menos perdido! Es horrible estar así, en la nada líquida y lóbrega...

¡Sus piernas se doblan...; siente que va a caer..., a extenderse para siempre!

¡Va a morir..., en aquella tumba llena de millones, por él violada y... que le retiene!

Si en sus oídos resuenan extraños sones, sus ojos, en aquel momento supremo, como ocurre a veces en la noche que crean los párpados cerrados, hácenle ver de pronto siniestros fulgores..., círculos luminosos que bailan la danza de los millones..., la danza de los tesoros de Abdul-Hamid...

Sueño magnífio en el umbral de la muerte...

Antes de exhalar el postrer suspiro, aquellos tesoros que vino a buscar en el fondo de la tierra y del agua, tienen la coquetería macabra de brillar una vez más...; sí..., hay allá lejos irradiaciones de joyas...

¡Así, aquel circulito de luz lechosa no puede ser más que una de las diademas que ha osado tocar hace un momento, y que viene a danzar a su alrededor, como si estuviere en la frente de una reina invisible que danzara y que fuera enana!...

Pues el círculo de luz avanza a poca altura.

Y he aquí, que la visión se agranda... Aquella diadema es ahora grande, como una rueda en cuyo cubo estuviere incrustado un diamante de luces cegadoras...

De pronto, aquel diamante cesó de brillar.

¡Ahora quien le salva es Gaulow!

Sin embargo, Rouletabille sigue pensando que si la presencia de Gaulow le salva a él, a Rouletabille, en cambio no es nada conveniente para Ivana... Gaulow conoce ahora el lugar de los tesoros, y, por lo tanto, queda muy comprometido el rescate de Ivana...

Entonces surgió en el espíritu del reporter esta conclusión clarísima: «¡Es necesario que Gaulow me salve, sin que se dé cuenta, y... que desaparezca!»

Con infinitas precauciones, Rouletabille se alejó del centro luminoso y esperó...

El hombre se había puesto de rodillas ante uno de aquellos tesoros maravillosos y sacaba a manos llenas, llenando de diamantes, un saco que llevaba consigo.

Cuando estuvo lleno se incorporó, empuñó su pico y, después de cerrar las losas de mármol, como si temiera la inoportuna visita de algún curioso al fondo de aquella caja de caudales sub-

marina, se marchó en dirección opuesta a la que había venido Rouletabille.

El reporter avanzó detrás de él. Ajustaba su paso al de Gaulow, teniendo cuidado de conservar las distancias.

De pronto, en la claridad lechosa que rodeaba a Gaulow, vió ante éste el perfil de una puerta de bronce, igual a la hallada por Rouletabille a la salida del estanque.

No dudó que habían llegado al Bósforo, tanto más cuanto que Gaulow, al avanzar hacia aquella puerta, hizo un ademán como para hacerla girar.

Rouletabille hizo entonces un brusco movimiento de avance. ¿Iba a escapársele Gaulow? ¿Iba a encerrarle en aquella tumba acuática?

Aquel movimiento, ¿descubrió a Rouletabille?

El caso es que Gaulow desvió su atención de la puerta, y, pasados unos instantes de inmovilidad, dió algunos pasos en el corredor, al encuentro de Rouletabille.

Retrocedió éste, pero Gaulow avanzó más, levantando el pico.

Los dos adversarios se quedaron inmóviles de nuevo, mirándose a través del grueso lente de su casco, con el pico levantado...

Comprendían que uno de los dos debía quedar allí, y que después de descubrir un tal secreto, sobraba uno en la tierra y en el fondo de las aguas.

El hombre, alto y fuerte, juzgó que Rouletabille, pequeño, delgado y de apariencia ruin bajo su enorme casco, sería para él una presa fácil, y avanzó con la relativa rapidez que le permitía su pesado equipo.

Rouletabille, a su vez, retrocedió. Quería emplear la astucia y pensaba que obtendría una

gran ventaja saliendo del círculo de luz. Huyó, pues, si podemos llamar fuga a aquel difícil retroceso en aquel agua, que jamás le pareció tan pesada de remover, y dejó caer de sus manos el pico, como si se le escapara por descuido.

El otro se precipitó sobre aquella arma y la recogió, contento sin duda de un acontecimiento que disminuía las probabilidades de su adversario.

Mientras tanto, y aprovechando de que Gaulow se bajaba para recoger su pico, Rouletabille se deslizó al suelo, arrimándose al muro.

Gaulow continuó su camino, buscándole.

Cuando Gaulow pasó ante él, Rouletabille se levantó quedamente, y cuando el hombre, que se había detenido, preguntábase dónde estaba su adversario, se lanzó a su espalda, y con ambas manos le arrancó los dos tubos de aspiración y respiración.

Al empuje de Rouletabille, el hombre vaciló en un principio, recobrando luego su aplomo; pero, de pronto, se llevó las manos al casco. Entonces asistió Rouletabille a algo horrible, a la asfixia de aquel corpachón que hacía gestos desordenados para aliviarse del formidable peso que gravitaba sobre sus hombros... y que luchaba contra el abrazo mortal del agua.

Tendió por última vez sus manos hacia Rouletabille y cayó de súbito rodando por el suelo, se llevó las manos al pecho, tuvo algunos estertores y luego quedó rígido. Estaba muerto.

Por un verdadero milagro, la linterna eléctrica que pendía de su cintura no se había roto. Rouletabille la cogió, y ya armado con aquella bendita luz, recogió el saco de diamantes y se dirigió precipitadamente hacia la puerta, sin detenerse a contemplar su víctima.

La puerta obedeció fácilmente al empuje del repórter, pues recibió una presión igual de todos lados además de la suya.

Giró sobre sus goznes y el repórter con ella, y cuando se cerró, ya estaba afuera, en el Bósforo.

Rouletabille pudo darse cuenta de las dificultades que Gaulow había tenido que vencer antes de hallar aquella puerta, pues estaba casi toda cubierta de algas y ajustada entre dos muros, uno de los cuales avanzaba hasta casi ocultar el otro.

El repórter salió de aquel atolladero y se encontró en el mismo seno del Bósforo. No perdió el tiempo en buscar los vestigios de las civilizaciones desaparecidas.

A lo largo de la orilla buscó una rampa natural, que no tardó en hallar... y luego una escalera, y tuvo la suerte de encontrar un tramo, uno de los muchos que en aquellos parajes había, un tramo que subió y que fué seguido de otros.

Y así, poco a poco, emergió del nivel del estrecho, desatornilló, no sin esfuerzo, la esfera, respirando el helado aire de fuera con indecible alegría.

Pudo darse cuenta que se hallaba muy cerca de las ruinas de Tcheregan, y pensó entonces en La Candeur, que seguía esperándole en el jardín de invierno y que debía estar desesperado.

Se alivió de su vestido impermeable, lo recogió, liándolo junto a los demás utensilios y el saco, y tomó el camino que había hecho con La Candeur.

Al pie del muro que tenía que franquear y bajo unas piedras, dejó su impedimenta.

Por fin llegó a los corredores de Durdané, y al aproximarse al jardín de invierno comenzó a oír un inusitado chapoteo. Un minuto después se encontraba en los brazos de La Candeur, el cual le había creído muerto, y el que, por sexta vez, acababa de sumergirse en el estanque en busca de su jefe y amigo.

Renunciamos a describir la estupefacción y la desordenada alegría del bueno La Caudeur...

—Es curioso—le decía a Rouletabille cuando se hubo repuesto de su emoción y recuperado la palabra—. Eres tú quien se ha paseado bajo el agua y quien se ha mojado soy yo...